

Uno de los problemas mayores que también se señala en el volumen en relación con la “cuantitativitis” imperante es, que si un investigador no tiene productos terminados y contables en un año o dos se le retira el apoyo, lo que ha tenido como consecuencia mayor cantidad que calidad de los trabajos científicos. Han existido muchas personalidades científicas que no habrían podido obtener el rango de “excelencia”, impuestas por el SNI o el CONACyT, empezando por Albert Einstein.

En relación con la revisión por pares de los artículos sometidos a la revista, los editores de la *Revista de Investigación Clínica*, Alvar Loria y Rubén Lisker, analizan el periodo de 1994 a 1998. Encuentran que para la edición ininterrumpida de la revista durante los últimos veintiocho años han sido benéficas sus políticas de publicación indistintamente en inglés o español (según la preferencia del autor), la revisión por pares y la participación de autores que no pertenecen al Instituto Nacional de Nutrición. No obstante el éxito relativo a continuidad y calidad, los autores concluyen:

Como editores nuestra principal conclusión es que el obstáculo mayor para mantener una buena calidad de las revistas médicas del país es la falta de reconocimiento que tienen las publicaciones de los investigadores médicos en dichas revistas, y que los lleva a exportar su producción de mayor calidad. Esta falta de reconocimiento se da por parte de CONACyT que es el principal organismo encargado de calificar y apoyar a los investigadores médicos en México (p. 123).

Como escribí al principio de esta reseña, la lista de contribuciones en este volumen es larga, todas tocan temas amplios, profundizan algún aspecto o, de lleno, escriben sobre temas como la difusión en medios electrónicos que puede dar lugar a una discusión mucho más amplia.

Pienso que los editores del volumen aquí reseñado merecen una felicitación especial por una obra que es lectura obligada para todo lector que busca informarse y reflexionar sobre los efectos que provocó la imposición de criterios neoliberales y ajenos a la realidad de la producción y los órganos de difusión de la ciencia de México.

Mechthild Rutsch

Alba GONZÁLEZ JÁCOME y Silvia DEL AMO RODRÍGUEZ (comp.), *Agricultura y sociedad en México estudios de caso*, editorial Plaza y Valdés en coedición con la Universidad Iberoamericana, el Consejo Nacional para la Enseñanza de la Biología y la organización Gestión de Ecosistemas A. C., 1999.

Esta compilación sobre la articulación entre ecología y cultura y sus problemas es resultado de los trabajos presentados en un encuentro académico, organizado en la

década de los años noventa,¹ por el Programa de Posgrado en Antropología Social de la Universidad Iberoamericana, a sugerencia de Lourdes Arizpe, entonces directora del Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales.

LOS PLANTEAMIENTOS GENERALES

Tanto Lourdes Arizpe, como Alba González Jácome y Silvia del Amo Rodríguez, destacan, con la edición de este texto, la vitalidad y trascendencia de una añeja temática antropológica: la relación siempre cambiante y contradictoria entre las sociedades humanas y la naturaleza.² Reconocen, que tal relación no es objeto de estudio exclusivo de la antropología, sino que, por el contrario, ha sido una preocupación permanente de diversas ciencias naturales como la ecología, la geografía y la agronomía.

En este sentido, enfatizan la necesidad de impulsar el acercamiento, el diálogo entre los especialistas de las ciencias naturales y las ciencias sociales, la necesidad de abordar problemas comunes desde perspectivas epistemológicas, teóricas y metodológicas de carácter multi e interdisciplinario, que permitan avanzar en el diseño y ejecución de prácticas antropoecológicas interesadas no solamente en interpretar cómo se maneja el hábitat, sino en indagar el por qué de tal manejo (p. 8).

Uno de los casos más ilustrativos de la contradictoria relación establecida entre los humanos y la naturaleza es sin duda la agricultura, entendida como el hecho histórico que facilitó el desarrollo de la urbanización, la ciencia y la cultura, como la revolución que permitió el paso de la vida nómada a la vida sedentaria y la domesticación de la naturaleza, pero que, por otra parte, ha modificado gravemente el equilibrio dinámico de los ecosistemas con los que interactúa.

Ciertamente las prácticas agrícolas, pecuarias y silvícolas han generado diversos impactos sobre el entorno ecológico. En algunos casos han tenido un carácter marcadamente extractivo, se han guiado por una lógica de explotación basada en los supuestos de que los recursos naturales eran infinitos y de que el hombre tenía derechos absolutos “naturales” o de índole divina sobre ellos.³ Sin embargo, en otros casos, la agricultura ha sido ejercida de una manera armónica y racional tratando de aprovechar moderadamente los recursos considerados como indispensables para las sociedades humanas y para la vida en general.

¹ El texto no indica el año en el que se efectuó este encuentro académico –llamado seminario por Lourdes Arizpe (*op. cit.*: 8) y simposio por Alba González (*ibidem*: 11).

² La naturaleza, ese entorno valorado a veces como sinónimo de recursos naturales explotables, mitificado en otros como la madre que engendra vida, admirado por la belleza de sus paisajes o racionalizado biológicamente como el hábitat o como nuestro ecosistema vital.

³ Es el caso de antropocentrismo dogmático de algunas religiones, o la perspectiva cientificista que coloca al hombre como la especie dominante de la pirámide biológica con derecho pleno sobre la naturaleza.

La lógica de producción, el manejo de los recursos y la tecnología utilizada, constituyen así un fértil campo de estudio para los agrónomos, ecólogos y antropólogos. Tal interés quedó manifiesto en el evento académico que dio origen al texto que aquí reseñamos cuyo eje es el análisis de las modalidades a través de las cuales las sociedades agrícolas de México han concebido y explotado la naturaleza.

El lector encuentra compilados en el texto un agrupamiento disciplinario de estudios ecológicos y estudios antropológicos de la agricultura mexicana. En ambos tipos de trabajo se aprecia como constante un planteamiento de reivindicación de la racionalidad y de las técnicas de cultivo “tradicionales” (ejemplificados con la descripción de algunos sistemas agrícolas prehispánicos y de algunos pueblos indígenas contemporáneos), en abierta contraposición con la racionalidad y los métodos de la agricultura “moderna”.⁴

Esta contrastación entre la racionalidad, los métodos y técnicas de cultivo de la agricultura moderna y la tradicional permite a Lourdes Arizpe decir que una de las mayores aportaciones que ha hecho la antropología mexicana, al recuperar, revalorar y promover los conocimientos populares y tradicionales, es la de romper con el logocentrismo impulsado por los países económica, tecnológica y políticamente dominantes (p. 8). Evitar el logocidio significa contribuir a detener dos formas alternas de destrucción: el etnocidio o asesinato cultural y el ecocidio o destrucción ecosistémica.

ECOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA: LA PERTINENCIA DE LA INTERDISCIPLINA

En la introducción del texto, Alba González Jácome comenta brevemente el desarrollo de los diversos enfoques que la antropología ha elaborado para abordar las relaciones sociedad-naturaleza y a la agricultura como actividad práctica que expresa las modalidades de tal relación.

Respecto a la ecología humana, la autora considera que fue una propuesta teórica fuertemente influida por el pensamiento naturalista de la segunda mitad del siglo XIX. La ecología humana trasladó al campo de lo social una gran cantidad de conceptos provenientes de la biología y de la ecología, y puso especial énfasis en el uso de los métodos objetivos de medición de las ciencias naturales. Sus críticos la acusaron entonces de adoptar posiciones de determinismo biológico.

El segundo enfoque que comenta González Jácome, es el de la ecología cultural forjado por la Escuela de Berkeley representada por Alfred Kroeber y Julian H. Steward. Este último generó una propuesta teórica y metodológica de gran poder explicativo mediante la construcción de conceptos clave como: núcleo cultural, tipos

⁴ Lo tradicional y lo moderno están tan sutilmente separados, que tal distinción apenas sirve para efectos analíticos; lo que hoy es moderno se transfigura en tradicional un instante después de su invención y pasa a formar parte, además, de un abigarrado conjunto de elementos cuya distinta procedencia esfuma cualquier posibilidad de pureza.

culturales, niveles de integración y organización sociocultural. Dicha propuesta estaba encaminada a analizar las interrelaciones entre tecnología y ambiente, así como patrones de conducta (*sic*) que explicaban la explotación y el uso de técnicas de cultivo específicas; identificaba las consecuencias que acarrea esa explotación en diferentes aspectos de la cultura.

La propuesta de Steward –nos sigue diciendo González Jácome– implica recurrir a las fuentes etnohistóricas para entender diacrónicamente los procesos sociales; a la etnología que provee al investigador de elementos teóricos de interpretación y a la etnografía como método para estudiar directamente los fenómenos.

Vista así, la ecología cultural intenta conciliar diacronía y sincronía así como las relaciones macro-micro. Requiere que los practicantes tengan una disposición al trabajo interdisciplinario (que les permita manejar información botánica, geográfica, socioeconómica) o que la investigación se lleve a cabo por equipos de especialistas. González Jácome define a la ecología cultural

[...] como un enfoque antropológico que conceptúa a la antropología como una disciplina científica que está vertebrada en el estudio de la evolución humana, social y cultural, y a sus interpretaciones sobre el pasado como una manera lógica de substituir la experimentación con que la disciplina no cuenta, ni debe contar, entonces resulta fundamental discutir las aplicaciones y posibilidades de su interrelación con otras disciplinas, en este caso, la ecología (p. 19).

El estudio de los paisajes ha sido un ejemplo de este fértil entrecruzamiento disciplinario entre ecología y antropología en tanto que ha requerido: “el conocimiento y el manejo de conceptos y metodologías específicos que han formado parte del bagaje de varias disciplinas, como la cartografía, aerofotografía, botánica y geografía (p. 21).”

Dicho en otros términos, la complejidad de los estudios sobre las relaciones sociedad-naturaleza requieren modelos holísticos y trabajo interdisciplinario; estos estudios implican más que discusiones teóricas unidisciplinarias, identificación de problemas comunes y trabajo conjunto de profesionales de las ciencias sociales y naturales. Requiere, nos dice Lourdes Arizpe: “[...]tomar pico y pala para analizar tipos de tierra, registrar largas listas de taxonomías botánicas, captar y transmitir los conocimientos de los campesinos e indígenas, desenterrar documentos de archivo y tantas tareas más que urgen para recuperar los conocimientos que quedan y para encontrar nuevas soluciones ecológicas (p. 8)”.

Las autoras abogan por una antropoecología innovadora, que tome lo mejor de los enfoques antropológicos clásicos –como la ecología cultural– para construir enfoques epistémicos y teórico-metodológicos nuevos, donde la interdisciplina sea la constante. Y más aún, que estas investigaciones holísticas, sistémicas, vayan más allá de la descripción y la interpretación teórica, que sean capaces de formular propuestas de solución a los problemas bidireccionales de degradación ecológica y empobrecimiento económico y cultural que viven las sociedades agrícolas del país.

ESTUDIOS ECOLÓGICOS Y ANTROPOLÓGICOS DE LA AGRICULTURA

En el texto están incluidos seis artículos considerados por las compiladoras como estudios ecológicos escritos por biólogos, ecólogos y agroecólogos. En el primero de ellos Stephen Gliessman aborda la “[...]necesidad de integrar el enfoque agroecológico, con el económico, social y antropológico[...] (p. 31)” para el estudio de la agricultura tradicional, y nos recuerda la importancia del huerto familiar. Daniel Tejero Díez y Martha E. Castillo Hernández exponen algunos aspectos de método para estudiar el entorno ecológico del Teotihuacan prehispánico. Ana Luisa Anaya Lang y Juan José Jiménez Osornio justifican química y biológicamente el uso que hacen los agricultores de ciertas especies vegetales para el control biológico de malezas.

Silvia del Amo Rodríguez, Rafael Aguilar Lojero y Marco Delgado R., exponen la persistencia de un cultivo tradicional hidropónico: el *tecalli*, el cual consiste en la siembra de múltiples especies vegetales (huauzontle y girasol) en los arenales del río Balsas y que son abonados con guano de murciélago y de hormiga. Alma D. L. Orozco Segoria describe, el exitoso cultivo del maíz llamado marceño (porque se siembra en el mes de marzo) en zonas pantanosas e inundables de Tabasco.

Creemos encontrar dos coincidencias entre los autores: los ecosistemas y las sociedades agrícolas, y la sostenibilidad o sustentabilidad⁵ de los métodos y técnicas de cultivo mesoamericanos, conservados, como dice Del Amo Rodríguez, por la sabiduría de los campesinos mexicanos “[...]quienes más saben de agricultura son los propios campesinos aunque no cuenten con el bagaje intelectual para comprenderlo y explicarlo en términos científicos (p. 302).”

En la segunda parte el texto se incluyen ocho trabajos escritos por antropólogos, historiadores y etnohistoriadores. Dos de estos trabajos abordan la permanencia de técnicas agrícolas tradicionales de gran eficiencia ecológica y productiva. Las chinampas descritas por José Cano Vallado demuestran que la tecnología y los métodos prehispánicos de cultivo son creaciones extraordinarias, a pesar de que como dice el autor, las personas que continúan practicando este tipo de cultivo no hablen español y tampoco inglés.

De manera similar, el manejo del agualodo en el Bajío (sistema de cajas), descrito por Guillermo García Zamacona, ilustra la enorme capacidad de los campesinos mexicanos para desarrollar tecnologías propias aprovechando y adaptándose a las condiciones de su entorno.

Ernesto Camou Healy y Ana Lid del Ángel Pérez analizan el impacto de la engorda de becerros y de la ganadería extensiva en algunas partes de Sonora y Veracruz, encontrando graves perturbaciones ecosistémicas y un notable descenso

⁵ El concepto está sujeto a fuertes discusiones actuales. Sus exégetas lo ponderan como el paradigma a alcanzar y sus críticos invitan a ser cautos con su uso en tanto que si se acepta como la única vía, anula la capacidad de crítica y se convierte en el único horizonte posible... para todos.

en la calidad de vida de la población. David Robichaux Haydel analiza el manejo del bosque —como una estrategia económica de las unidades o grupos domésticos— en una comunidad tlaxcalteca.

Carlos García Mora y Alba González Jácome formulan dos ensayos donde la etnohistoria y la historia son fundamentales. García Mora trata de reconstruir las interrelaciones de las bandas de recolectores-cazadores con su medio geográfico en el sureste de la cuenca de México. González Jácome analiza los cambios ambientales ligados al crecimiento poblacional, a los cultivos (caña de azúcar, algodón, frutas) y la ganadería en Veracruz.

Carmen Morales Valderrama enlaza tres disciplinas: la agronomía, la antropología social y la antropología física o biológica, para evaluar los cambios anatomofisiológicos de los pobladores de dos comunidades mayas, cambios consustanciales a los cambios tecnológicos en el cultivo de la milpa.

Mas allá de las particularidades de cada trabajo, podemos encontrar en estos estudios un amplio espectro de enfoques teóricos, de unidades y temas de análisis, así como de métodos de investigación. Están presentes los típicos estudios de comunidad, de municipios, o región, pero también hay estudios que comparan comunidades.

Encontramos estudios narrativos, descriptivos y otros con mayor ensamblaje teórico; la mayoría destinados a testimoniar un problema, sus causas y evolución, y alguno con posibilidades de aplicación. Sin embargo, consideramos que en general los unifica el interés por analizar las interrelaciones entre fenómenos tecnológicos, productivos y los cambios agroecológicos, sociales, culturales, económicos, políticos e incluso anatomofisiológicos de las sociedades agrícolas donde se llevaron a cabo los estudios (costa del Golfo, costa del Pacífico, sureste y norte del país).

En segundo lugar, y de modo análogo a los estudios ecológicos de la primera parte del libro, los trabajos antropológicos coinciden en la revaloración de la agricultura tradicional, entendida como resultado histórico de la confluencia de prácticas, herramientas, plantas y animales de origen tanto mesoamericano, como hispano-arábigo (p. 298).

Esta tradición cultural milenaria está fundada en una cosmovisión diferente a la occidental, en conocimientos de la agricultura prehispánica mesoamericana que: “[...] han dejado rastros entre muchos de los campesinos, entre ellos los que han contado con menos recursos económicos pero que aún poseen un vasto conocimiento cultural de la naturaleza en general y del ambiente en particular (p. 299)”.

Resulta entonces, que los depositarios de la sabiduría agrícola mesoamericana —mezclada con elementos hispano-arábigos— son los campesinos pobres, los indígenas, las clases subalternas los cuales constituyen uno de los grandes polos de la agricultura dual mexicana; el otro polo de un modelo ideal, inexistente en la realidad, es la agricultura de corte empresarial.

Para las compiladoras, Alba González Jácome y Silvia del Amo Rodríguez, los estudios ecológicos y antropológicos descritos muestran cómo la eficiencia de un

agroecosistema debe medirse no sólo en términos económicos, sino también en términos de los costos ambientales y sociales que implica su manejo. En este sentido, invitan a cambiar la idea predominante que se tiene del concepto “desarrollo”; el desarrollo económico no es necesariamente compatible con el equilibrio ecosistémico y la equidad social.

CONSIDERACIONES FINALES

Al concluir nuestro análisis podemos decir, en primer lugar, que los encuentros académicos como el que dio origen al texto, y los apoyos para la difusión de los artículos presentados, son altamente pertinentes para continuar estimulando el intercambio científico interdisciplinario; para formular diagnósticos rigurosos de los complejos problemas agroecológicos y socioculturales que se viven en el país; y para generar propuestas y alternativas que sean económicamente factibles, técnicamente posibles, ecológicamente sustentables, pero que también tengan aceptación social y compatibilidad cultural.

La empresa no es sencilla, como tampoco es sencilla la construcción de nuevos enfoques teórico-metodológicos de la antropología social. Los trabajos recopilados por las autoras, son intentos enfoques multidisciplinario, holístico, diacrónico, sistemático, regional, pero en varios casos no alcanzan, a mi parecer, el objetivo deseable; son estudios sincrónicos, de comunidad, con un marco teórico apenas insinuado, o que no tienen aplicación explícita.

En el terreno estricto de la teoría antropológica encontramos un análisis de la ecología humana y la ecología cultural pero no de la antropología ecológica, de los aportes del materialismo cultural, o de los enfoques contemporáneos de la antropología francesa basados en las teorías de los sistemas complejos. Consideramos que es urgente que los profesionales de la disciplina antropológica intercambiamos puntos de vista al respecto. El estudio de las relaciones sociedad-cultura-naturaleza requiere la construcción de enfoques teóricos y de métodos altamente consistentes, los cuales parecen estar ausentes en la antropología mexicana actual, como resultado, quizá, del papel secundario que se ha otorgado a esta línea temática en las últimas décadas.⁶

La antropoecología apunta a ser una fusión interdisciplinaria y vanguardista, con una amplia potencialidad predictiva y explicativa y que deberá ser capaz de seguir contribuyendo a rescatar y revalorar los saberes tradicionales con el interés de forjar conocimiento nuevo, pero con la intención comprometida de generar alternativas posibles para las sociedades campesinas y para los agricultores indígenas. Por otro lado, debe sostener

⁶ Al finalizar el texto, nos dicen las compiladoras: “Recordemos al lector que una de las razones de la tardía edición y publicación de los resultados escritos del evento a que hicimos mención en la introducción de este libro, ha sido el poco interés, por parte de las casas editoriales, en la ecología y en la agroecología, hasta muy recientemente”, p. 308.

firmemente la defensa del derecho a la diferencia, a la diversidad cultural, la pertinencia de una ruralidad acosada, la importancia de construir una economía campesina equilibrada y autosuficiente, la necesidad de buscar estilos de vida armónicos con el medio natural.

Ya sabemos que todo esto suena utópico en un país y un mundo que camina en sentido contrario, que desea la uniformidad, que aplaude la urbanización, que se guía por el brillo deslumbrante de la ganancia, donde no caben los indios ni los campesinos, pero debe haber algunos que imaginamos otros mundos posibles. ¡Qué bueno que por lo menos los imaginamos todavía!

Francisco Castro Pérez

José ALEJOS GARCÍA, *Ch'ol/Kaxlan, identidades étnicas y conflicto agrario en el norte de Chiapas, 1914-1940*, México, UNAM, 1999, 340 p. Anexos, índice analítico.

Fruto de más de nueve años de trabajo etnográfico y de una intensa labor de archivo en la Sierra Norte de Chiapas, el libro de José Alejos García, *Ch'ol/Kaxlan, identidades étnicas y conflicto agrario en el norte de Chiapas, 1914-1940*, surge como continuación y complemento de su *Mosojüntel, etnografía del discurso agrarista entre los ch'oles de Chiapas* (México, UNAM, 1994). En el estudio anterior el autor había abordado la tradición oral *ch'ol* identificando al *Mosojüntel* como uno de sus géneros discursivos más importantes: un conjunto de enunciados agraristas cuyos principales temas giran alrededor del tiempo de esclavitud, cuando los *ch'oles* eran aún mozos y del tiempo de liberación, cuando lograron expulsar a los “patrones” cafetaleros extranjeros en los años treinta. En *Ch'ol/Kaxlan*, Alejos amplía el panorama interpretativo y nos ofrece el punto de vista de los *kaxlanes*,¹ dando así cuenta del intenso y complejo diálogo que se desarrolló alrededor del tema agrario en Chiapas desde la primera mitad del siglo XX. Un diálogo que se dio no sólo entre *ch'oles* y ladinos, sino también con este tercero, el “extranjero” o el “extra-nacional”, aunque no siempre físicamente presente, pero sí influyente en la interacción.

Ch'ol/Kaxlan es un estudio que se distingue de la antropología tradicional por no considerar a los indígenas de manera aislada. Alejos pone de manifiesto los límites de la antropología norteamericana, la cual no siempre supo dar cuenta de la presencia e influencia del mundo occidental sobre las sociedades indígenas. Cuestiona por ejemplo las visiones dicotómicas que oponen el indígena al mestizo, donde el segundo aparece como el único responsable de las injusticias del primero, ocultando por lo tanto la fuerte influencia que ha tenido el mundo occidental sobre las dinámicas que se establecen entre ambos grupos. De esta manera, el autor nos ofrece un estudio donde los indígenas

¹ Por *kaxlan* los indígenas *ch'oles* califican al “otro”, al no-indígena, al que viene de afuera.